

FAULKNER

muerte de un granjero

CUANDO el novelista norteamericano William Faulkner vino a Europa para recibir el premio Nobel de 1949, un periodista francés le rogó que se definiese, Faulkner asombró al periodista y a media Europa con esta desconcertante respuesta: «Yo soy un granjero.»



Una escena de «Requiem por una mujer», con Aurora Bautista y Luis Prendes, y un fotograma correspondiente a «El ruido y la furia», con Joan Woodward y Yul Brynner

Este granjero, que murió de un ataque cardíaco el 6 de julio en Charlottesville (Virginia), es uno de los novelistas más importantes de nuestro tiempo. Muchas de sus obras han sido llevadas al cine. Por ejemplo, «Santuarios», «Intruso en el polvo» dirigidas por Clarence Brown—, «Pylons» —dirigida por Douglas Sirk e interpretada por Rock Hudson, Dorothy Malone y Robert Stack—, «El ruido y la furia», «Largo y cálido verano...» Estos dos últimos films, ambos dirigidos por Martin Ritt, son conocidos del público español. Como el lector recordará, Joan Woodward y Yul Brynner eran las principales figuras de «El ruido y la furia»; Joan Woodward, con Paul Newman y Orson Welles, lo fueron también de «Largo y cálido verano». Pero además Faulkner escribió guiones para el cine. Así, «Tierra de faraones», film que dirigió su amigo Howard Hawks y que también hemos visto en nuestras pantallas, interpretado por Joan Collins y Jack Hawkins.

De sus relaciones con el cine, se cuenta una anécdota muy significativa de Faulkner. Se estaba rodando «Santuarios» en Hollywood, y Faulkner se encontraba allí como asesor. «Santuarios» es una de sus primeras novelas y también su novela «terrorífica» —hay en ella crímenes, linchamientos y violaciones— por excelencia, ya que, como abiertamente confesó el propio Faulkner, fue escrita con un decidido propósito comercial. El editor que leyó por primera vez «Santuarios» dijo a su autor:

—Si yo publico eso, usted y yo iremos a parar a la cárcel.

Más tarde, concretamente después de la publicación de «Mientras yo agonizo» (1930), novela que obtuvo un éxito resonante, el editor propuso a Faulkner la publicación de «Santuarios». El propio Faulkner, cuando leyó las galeradas, se asustó de los horrores descritos por él y decidió rehacer la novela absolutamente. Un año más tarde, en 1931, se publicaría con tal éxito que pronto fue un «best-sellers».

Esta era la novela que se venía rodando en Hollywood con la estrecha colaboración del autor. Este, un día, anunció que quería hacer ciertas correcciones importantes en el guión, por lo cual se iba «a casa». Nadie dio la menor importancia al asunto, pues se suponía que Faulkner se refería a la residencia de Santa Mónica, en la que se encontraba hospedado. Pasaron veinticuatro horas, y, ante algunas dificultades surgidas durante el rodaje de una escena, el director, Clarence Brown, llamó por teléfono a Santa Mónica:

—Mister Faulkner, por favor.

Las respuestas de la telefonista dejó de piedra a Clarence Brown. Faulkner, en efecto, se había ido a su casa. A su casa de Oxford (Mississippi).

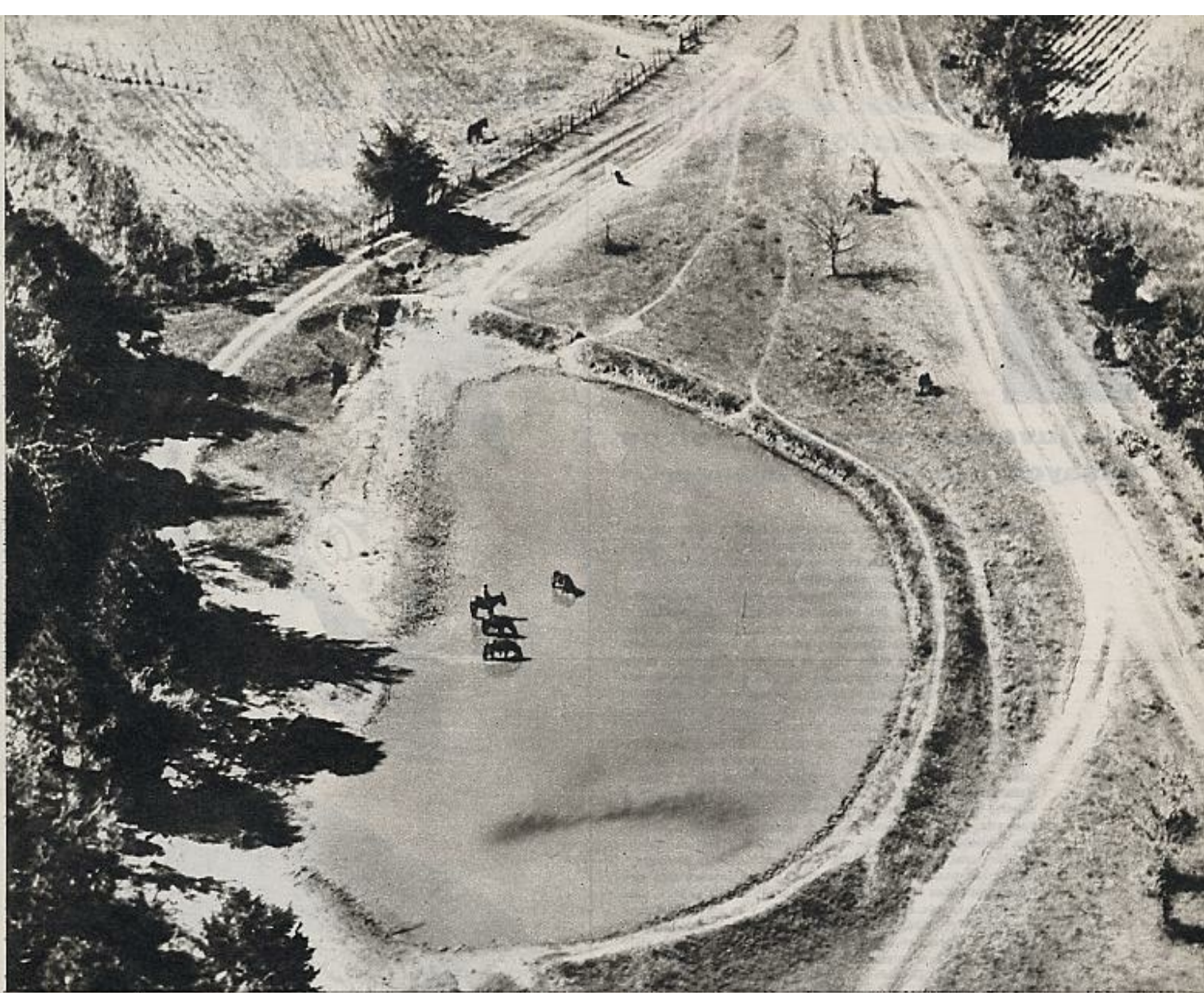
Otra novela importante de Faulkner, «Requiem for a Nun» —traducida como

«Requiem por una mujer», pero que literalmente debería traducirse como «Requiem por una monja»—, encontró su prolongación en el teatro, y ello a través de distintas versiones, entre las que destacan la de Erwin Piscator y la de Albert Camus, que fue presentada en el teatro Español en 1957, encarnando Aurora Bautista el personaje de Temple Drake, protagonista de la obra. Poco antes de este estreno, el Teatro de Cámara Dido ofreció en una sola función el «Requiem...», encarnando esta vez a Temple Drake Ana Mariscal.

Estos son los contactos más importantes de Faulkner con el teatro y con el cine, donde probablemente no se ha reflejado en toda su integridad el trágico y misterioso mundo faulkneriano, ya que el peculiarísimo estilo literario del autor —inseparable del contenido de sus obras— es difícil de traducir al lenguaje del escenario o de la pantalla. Este estilo barroco, recargado, no es de fácil comprensión para el que lo lee por primera vez; pero cuando el lector se familiariza con él resulta muy claro y comprensible.

La participación de Faulkner en la primera guerra mundial y su posterior readaptación a la vida civil constituyen los momentos más agitados —quizá los únicos— de su vida. Faulkner, que nació en un pueblecito, Ripley (cerca de Oxford, Mississippi) el 25 de septiembre de 1897, provenía de una familia sudista arruinada con la guerra civil. Esto es importante y explica que Faulkner —muchos años después— fuese un escritor sudista, así como también que, llegada la guerra, se negase a alistarse en las tropas americanas —por no alistarse bajo las banderas de los yanquis— y lo hiciese en las fuerzas aéreas canadienses. Como teniente de la RAF, volando sobre Francia en misión de observación, su avión fue derribado dos veces; la segunda resultó herido.

A su regreso a Estados Unidos, sobrevienen unos años difíciles. La guerra ha mostrado al joven Faulkner cuanto hay de misero y grandioso en la condición humana. Ha sido una lección viva e impresionante, esa lección que no pudo aprender en la Universidad de Oxford (Mississippi). El proceso de readaptación se hace largo y difícil. Simultáneas los estudios con diversos oficios: pintor de brocha gorda, encargado de la estafeta universitaria... Parece ser que no fue muy aplicado en los estudios ni en el trabajo (en unas recientes declaraciones, Faulkner dijo que trabajar ocho horas es una barbaridad, porque sólo queda tiempo para eso: trabajar). En cualquier caso, se buscaba a sí mismo. En esta circunstancia, y habiendo cambiado su residencia a Nueva Orleans, conoció al escritor Sherwood Anderson, cuya amistad y magisterio fueron decisivos. Por consejo de Anderson, Faulkner escribe su primera novela, «La paga de los soldados», donde relata sus experiencias de la guerra, y toma contacto con «Double Dealers», una



El Sur. Misissipi. Las grandes extensiones rurales. La antiguas plantaciones esclavistas. El mundo que Faulkner ha retratado en la mayoría de sus obras literarias

revista literaria en la que publica el primer poema. Anderson consigue que un editor de Nueva Orleans publique, sin haberla leído, en 1926, «La paga de los soldados».

A esta novela siguen otras: «Mosquitos» (1927), «El ruido y la furia» y «Sartoris» (1929). Mientras, Faulkner ha trabajado de dependiente en una librería de Nueva York, y luego, en calidad de estibador de un barco de carga, ha venido a Europa. Vuelve otra vez a los Estados Unidos. Entra de ayudante de fogonero de una central eléctrica. Trabaja de noche. Su trabajo es el de acarrear carbón para la caldera. Tiene cuatro horas libres: de doce a cuatro de la madrugada. Decide aprovecharlas. Va a escribir una nueva novela. Las condiciones en que la escribe son realmente asombrosas: escribe sobre la carretilla, que, puesta del revés, se apoya en una pared tras la que funciona una dinamo. El ritmo de la novela sería en cierto modo el de una dinamo en marcha. Faulkner la concluyó pronto: en seis semanas. Se titulaba «Mientras agoniza».

El posterior éxito comercial, aunque literario también, de «Santuario», llegó poco después de que William Faulkner hubiese contraído matrimonio con Estella Oldham —una viuda con dos hijos, que más tarde le daría una hija— y vino a marcar el fin de esta época agitada y el comienzo de otra, tranquila y estabilizada en su casa de Oxford, de donde se ausentaría ya raras veces, y que prácticamente se prolongaría hasta su muerte. El primer signo exterior de esta nueva época fue ampliar la casa solariega. Al mismo tiempo que escribía, se dedicaba con intensidad al cuidado de su extensa finca, pues claro está que al decir al periodista francés que era un granjero, no trataba de esparar, sino que hablaba con una seriedad absoluta, hasta el punto de que en sus declaraciones al Fisco no figuraba como escritor, sino como «farmers»; esto es, granjero. A pesar de «Santuario», Faulkner consideraba que escribir no debe ser una profesión.

Después de «Santuario» vino una serie —no muy larga— de espléndidas novelas, entre las que cabe señalar: «Pylon» (1935), «Absalom, Absalom!» (1936), «Las palmeras salvajes» (1939), «El villorrio» (1940), «Intruso en el polvo» (1949), «Requiem para una monja» (1951) y «Una fábula» (1954); con esta última obtuvo el premio Pulitzer.

William Faulkner se consideraba a sí mismo un poeta frustrado. En realidad, era un novelista fuera de serie. A un año del suicidio de Hemingway, su muerte ha sido una conmoción. De aquella gran «generación perdida» que elevó las letras americanas a su más alto vértice, y en la que Hemingway y Faulkner eran puntales decisivos, sólo vive John Dos Passos.

RICARDO DOMENECH Y JESUS GARCIA DE DUEÑAS

El negro aparece frecuentemente en los libros de Faulkner. El negro dependiente de las familias del Sur, cuyo poderío empieza a resquebrajarse día a día

